

# Históricas Digital

Elisa Speckman Guerra

“Historia patria e identidad nacional:  
un estudio de la experiencia mexicana”

p. 353-370

*Escribir la historia en el siglo XX.  
Treinta lecturas*

Evelia Trejo

Álvaro Matute

(editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

589 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)

ISBN-10 970-32-2281-1

ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

# Historia patria e identidad nacional: un estudio de la experiencia mexicana\*

ELISA SPECKMAN GUERRA  
Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

La especificidad de una nación se expresa en la idea que sus miembros tienen de ella, esto es, en la manera de narrar su historia.

LUIS VILLORO

A mediados del siglo XIX, tras la independencia de Texas y otros intentos de separación de estados o territorios de la federación, miembros de la elite política e intelectual se preocuparon por preservar o por crear un sentimiento de cohesión entre los habitantes del territorio mexicano. Como en otros aspectos del proyecto político, la primera decisión estaba, justamente, en crear o preservar. Es decir, ante la pregunta ¿qué existe en común entre los individuos que por azar quedaron comprendidos dentro del territorio perteneciente a la República Mexicana?, los pensadores que podrían agruparse en el llamado partido conservador respondieron: sólo el catolicismo une a los habitantes de un territorio caracterizado por la heterogeneidad de lenguas, costumbres, ideas, formas de vida e incluso anhelos. Los liberales no pudieron negar esta premisa, pero en lugar de fincar sus ansias de cohesión en la religión católica y en la preservación de los privilegios de la Iglesia como institución, cifraron sus esperanzas en la educación.<sup>1</sup> Eran conscientes de que a falta de elementos comunes existía la necesidad de crearlos y de que era urgente que los mexicanos se pensarán a sí mismos como miembros de una misma comunidad y se sintieran unidos por vínculos comunes. Por tanto, los sim-

\* El objeto de este trabajo es el análisis hermenéutico y heurístico de la obra de Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1970, x-294 p. (Nueva Serie, 9). Sin embargo, todo texto nos conduce a su autor y a la época en que fue escrito, por lo que ubicamos al libro dentro de dos escenarios: la trayectoria, la producción y las ideas de la historiadora que le dio vida, y la historiografía del momento. La obra tuvo una segunda edición en 1975, corregida y aumentada, y dos reimpressiones en 1979 y 2000. Esta última, editada también por El Colegio de México, con un total de 331 páginas, fue la utilizada para elaborar el texto, dentro del cual anotamos únicamente el número de página correspondiente.

<sup>1</sup> Charles Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, 14a. ed., trad. Sergio Fernández Bravo y Francisco González Aramburo, México, Siglo Veintiuno Editores, 1999, 347 p.

patizantes de las ideas y las instituciones liberales creyeron que una enseñanza común ayudaría a borrar las diferencias entre los individuos, vistos y tratados como iguales por una legislación que no establecía diferencias entre estamentos o cuerpos.

Diversos historiadores que se han abocado al estudio del nacionalismo lo califican como una construcción artificial; sin embargo, coinciden en que para cimentarlo hace falta partir de elementos compartidos al menos por una parte de los individuos que deberían sentirse vinculados entre sí, pues es necesario que los miembros de la comunidad tengan la voluntad de identificarse a través de ellos.<sup>2</sup> Así sucedió en México. Grupos particulares, en ocasiones de forma independiente y en otras auspiciados por los gobernantes, se preocuparon por construir una red de imágenes, símbolos, figuras, paisajes y costumbres con las cuales se identificaran los habitantes del territorio mexicano. A partir del triunfo de los liberales en el campo de batalla y en el periodo que se conoce como la República Restaurada, literatos como Ignacio Manuel Altamirano, José Tomás de Cuéllar, Manuel Payno, Luis G. Inclán o Guillermo Prieto se esforzaban por crear o difundir escenas, localidades, personajes, alimentos, vestidos y costumbres propios de los mexicanos. Lo mismo hizo José María Velasco al retratar los paisajes mexicanos o Aniceto Ortega en el campo de la música. Sin embargo, la construcción del nacionalismo no terminó con la presentación de “lo mexicano”, pues era necesario que, además de sentirse identificados entre sí, los mexicanos se sintieran diferentes a los “otros” y que se comprometieran con el Estado nacional y con la defensa de su soberanía y de su territorio. Mediante libros de texto y manuales de historia patria, gracias a la celebración de festividades cívicas y sobre todo a la educación, se buscó que los mexicanos se identificaran con los mismos símbolos y con los mismos héroes. Una vez lograda esta lealtad al Estado, cimentada en la idea del contrato social y de la soberanía popular, era necesario dar un último paso: que los mexicanos sintieran que el gobierno en turno era legítimo, pues era producto de las ideas y de la lucha de los personajes que admiraban y sentían como suyos. Así lo hizo Porfirio Díaz, quien se proclamó heredero y producto de la lucha liberal, continuador de los liberales de la época de la Reforma y defensor de las instituciones y las leyes emanadas de esta época, de ahí

<sup>2</sup> Benedict Richard Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, trad. Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 315 p. (Colección Popular, 498); Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismo*, versión española Javier Setó, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza, c. 1991, 189 p. (Los Noventa, 53), y Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, 2a. ed., revisada y ampliada, Barcelona, Crítica/Grijalbo Mondadori, 1992, 212 p. (Libros de Historia). Véase también la postura de la propia Josefina Zoraida Vázquez en la obra aquí estudiada.

que la legislación se volviera sagrada e intocable. Por tanto, la historia legitimó a un régimen y a unas instituciones en un vínculo tan estrecho que los gobernantes porfiristas no pudieron echar atrás, lo cual en parte explica el hecho de que durante el Porfiriato no se hayan reformado preceptos legales con los cuales la elite política no parecía comulgar y que por ello no aplicaba de forma cabal.

Retomando, en el siglo XIX se tuvo conciencia de que los habitantes del territorio mexicano tenían poco en común y, como sucedió en prácticamente todas las naciones de la época, fue necesario crear sentimientos de identidad y lealtad hacia el Estado nacional y los gobernantes en turno. La educación y sobre todo la enseñanza de la historia ocuparon un lugar esencial en este proceso, que Josefina Zoraida Vázquez reconstruye en su obra *Nacionalismo y educación en México*, publicada al inicio de la década de los setenta del siglo XX.

### *La autora y la obra*

Josefina Zoraida Vázquez estudió historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus maestros se cuentan Pablo Martínez del Río, Wenceslao Roces, Justino Fernández, José Gaos, Eduardo Nicol, Francisco de la Maza, Alberto Escalona, Juan A. Ortega y Medina y Luis Weckmann; como directores de tesis eligió a Edmundo O'Gorman y a Juan Ortega y Medina. Viajó a España para realizar estudios de posgrado y concluyó su formación especializándose en Historia de los Estados Unidos con una beca en la Universidad de Harvard.<sup>3</sup>

Inició su vida profesional en una época en que no existían plazas de tiempo completo para los investigadores ni incentivos económicos a la investigación ni suficientes órganos para la publicación de estudios académicos.<sup>4</sup> En su opinión, la situación era aún más difícil para las mujeres consagradas al estudio, ya que se encontraban un poco “fuera de lugar” en un medio integrado casi exclusivamente por varones, quienes obtenían la mayor parte de las becas.<sup>5</sup> A pesar de ello, publicó su primer artículo en la *Revista de Indias* en 1957 y en 1960 tuvo acceso a la revista

<sup>3</sup> “Testimonio de Josefina Zoraida Vázquez”, en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (comps.), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, 560 p. (Sección de Obras de Historia), p. 397-401.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 400-401.

<sup>5</sup> Alicia Salmerón y Elisa Speckman, “Entrevista a Josefina Zoraida Vázquez”, *Históricas*, 53, septiembre-diciembre 1988, p. 52-62.

*Historia Mexicana*.<sup>6</sup> Asimismo, ha dictado cursos en diferentes instituciones nacionales y extranjeras. En el año de 1960 se incorporó como investigadora al Seminario de Historia Contemporánea de México y en 1964 al Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, el cual dirigió entre 1973 y 1982.

Como docente y como autora de obras para la enseñanza ha defendido la importancia del estudio de la historia universal y la necesidad de “sacar a la historiografía mexicana del provincialismo”, pues cree necesario formar estudiantes e historiadores de amplios horizontes, además de considerar que sólo si se sitúa a México en el panorama internacional puede comprenderse la historia nacional.<sup>7</sup>

Su convicción acerca de que sólo una mirada amplia o integral puede permitir la comprensión de los procesos históricos se refleja también dentro de su tarea como investigadora. Preocupada por acercarse de forma integral a problemas clave de la historia mexicana, Josefina Zoraida Vázquez apuesta por una apertura en enfoques y temas. En cuanto a su forma de hacer historia o su marco teórico, sostiene que la oportunidad de estudiar en tres lugares distintos —México, España y los Estados Unidos— le permitió abrirse a “todas las corrientes que explicaran el pasado”.<sup>8</sup> Considera que a ello también le ayudaron textos y contactos personales. Al respecto escribe:

es muy amplio el abanico de lecturas que inciden en la formación intelectual de una persona. Y además de los libros, influye también el contacto personal con sus autores. Para mí ha sido muy importante la relación con amigos como Horst Pietschmann, Antonio Annino, Francisco Xavier Guerra o Brian Hamnett. ¿Qué tanto hubieran influido en mí o qué tanto hubiera perdido si no los conociera, si no bordáramos constantemente sobre nuestros temas? No lo sé. Pero he tenido la suerte de convivir bastante con ellos y eso me ha ayudado a mantener vivas mis inquietudes y abrirme hacia nuevos horizontes, hacia nuevas formas de hacer historia.<sup>9</sup>

La apuesta por la amplitud se nota también en su elección de temas. Sostiene la autora que “los historiadores deberían especializarse menos de lo que lo hacen, porque luego sólo ven para adelante y pierden lo que hay hacia los lados”, y sostiene: “Es verdad que no soy muy sistemática, tengo que confesarlo, y tal vez pierdo algo de tiempo al acercarme a tantos temas. Pero es que tengo la ambición de hacer una

<sup>6</sup> “Testimonio...”, p. 400-401.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 401.

<sup>8</sup> *Idem.*

<sup>9</sup> “Entrevista...”, p. 58.

historia tan comprehensiva como sea posible. No estoy segura de lograrlo, pero el intento es ése".<sup>10</sup>

Los resultados de este intento se plasman en su producción. Ha publicado numerosos libros, capítulos, y artículos, además de coordinar obras colectivas o grupos de trabajo. En forma general, sus obras pueden agruparse en cuatro campos: política exterior mexicana y relaciones y conflictos con Estados Unidos,<sup>11</sup> antecedentes y desarrollo de la independencia y primeros años de vida independiente,<sup>12</sup> indios e indigenismo<sup>13</sup> y educación y enseñanza de la historia.<sup>14</sup>

¿Cómo se ubica la obra que nos ocupa en la vida y la trayectoria profesional de Josefina Zoraida Vázquez? Sin duda alguna, las experiencias vitales, los intereses y las ideas sobre la historia a las que nos hemos referido no sólo enmarcan sino que dan vida a *Nacionalismo y educación en México*. Refiriéndose a este texto consigna su autora:

Puedo decir que mi interés por la imagen del indio tuvo diferentes momentos. Se inició mientras realizaba mi tesis de maestría, dirigida por O'Gorman [...]. Cuando estuve en España, pude ahondar en el tema. Estudié las primeras relaciones geográficas de Indias y seguí con cuidado lo que decían sobre los indígenas. [...] Más tarde, durante mis viajes por Sudamérica, no podía evitar hacer comparaciones entre la historia latinoamericana y la mexicana. Entonces me interesé por cómo México se había visto a sí mismo. De ahí surgió el tema de las políticas indigenistas en la historia mexicana. El indigenismo en la historia es un problema que viví dramáticamente en el bachillerato, cuando se encontraron los restos de Cortés y se inventaron los de Cuauhtémoc. Era tan absurdo tratar de olvidar una parte de nuestro pasado, pues tratar de negar lo español era negar nuestra cultura. Esa dicotomía entre lo indígena y lo español se convirtió en una especie de obsesión personal, tal vez por el hecho de que mi padre fuera español. Yo estudié en una escuela oficial, muy extremista, y la maestra nos decía cosas espantosas de los españoles. [...]

<sup>10</sup> *Idem*.

<sup>11</sup> Por cuestiones de espacio nos referiremos únicamente a los libros individuales, dejando fuera libros coordinados o en coautoría, así como artículos o capítulos de libros. Sus obras en este campo son: *México y el mundo. Historia de las relaciones exteriores*, 1990; *El pacto de familia, intentos mexicanos para la integración hispanoamericana 1830-1847*, 1991; *La supuesta República de Río Grande*, 2a. ed., 1995; *En defensa de la patria 1847-1997*, 1997 (coordinada por Patricia Galeana); *La intervención norteamericana, 1846-1848*, 1997.

<sup>12</sup> *La patria independiente*, 1996, 63 p.; *Interpretaciones del siglo XVIII mexicano, el impacto de las reformas borbónicas*, 1992, y *Planes políticos de la nación mexicana*, 1987.

<sup>13</sup> *El indio y su circunstancia en la obra de Oviedo*, 1956, tesis publicada bajo el título de *La imagen del indio en el español del siglo XVI*, 1962.

<sup>14</sup> *Historia de la educación en México*, 1976 (obra de varios autores); *Tres intentos de cambio social a través de la educación*, [s. p. i.]; *La experimentación educativa española en América, un fracaso de grandes consecuencias*, 1982.

Reaccioné entonces a la exageración, a la forma en que se polarizaba la historia de México. Me introduje en la historia universal para no quedarme en ese indigenismo absurdo. Después pude volver a mis raíces, a mi historia, y me interesé también por su enseñanza. Así surgió el libro *Nacionalismo y educación en México*.<sup>15</sup>

Como se refleja en el párrafo anterior, la elección del tema que aborda *Nacionalismo y educación en México* no es gratuita, pues en él confluyen varios de los intereses de Josefina Zoraida Vázquez: educación, independencia y génesis de la identidad nacional, confrontación entre hispanismo e indigenismo y conformación de las estructuras políticas e ideológicas de la naciente república, en otras palabras, utilización de la enseñanza para fomentar el nacionalismo y, con ello, legitimar a la naciente república. Todos ellos aparecen en la obra, pues la autora sitúa el problema de la enseñanza de la historia en un amplio panorama, en el que presenta aspectos de la organización política y del desarrollo económico, elementos en la construcción del Estado-nación; leyes y políticas educativas, debates ideológicos entre liberales y conservadores, laicistas y tradicionalistas, hispanistas e indigenistas, y obras de la época. Con ello cumple su propósito de tratar los temas de una manera global y comprehensiva. Además, también en comunión con su idea de la historia, inserta y compara el proceso mexicano con el fenómeno global de lo que hoy se llama construcción del Estado-nación, iniciado con las revoluciones atlánticas. El análisis de otras experiencias (las europeas y la de los Estados Unidos) no sólo le ayuda a identificar influencias e intercambios, sino también a comprender y clarificar el pasado mexicano.

En cuanto a los nexos de *Nacionalismo y educación en México* con las vivencias de la autora, podemos pensar que la preocupación por el debate indigenismo-hispanismo responde a sus experiencias infantiles y el contraste entre su origen y cultura familiares, con un ambiente escolar todavía impregnado por la "educación socialista", que presentaba una fuerte carga de xenofobia y de antihispanismo. El repudio a esta tendencia posiblemente se reforzó durante su experiencia como becaria, pues sus estudios en el extranjero le permitieron familiarizarse con otras realidades y ámbitos académicos. Así, quizá las confrontaciones culturales y el conocimiento de diversas realidades y de disímiles pasados, junto con sus inquietudes y sus exploraciones académicas, le hicieron ver los límites que la mitificación impedía al conocimiento y el estudio del pasado mexicano. De ahí, también probablemente, su interés por el estudio de las identidades o de los valores nacionalistas, que en muchos casos

<sup>15</sup> "Entrevista...", p. 58.

dan lugar a la leyenda, a la historia de bronce, a la descalificación y, a partir de ella, a la estrechez cultural y académica.

### *La obra*

En *Nacionalismo y educación en México*, publicada en el año de 1970, Josefina Zoraida Vázquez estudia la enseñanza de la historia en México a partir del momento en que los gobernantes se interesaron en controlarla e incluso en monopolizarla. Su estudio presenta dos ejes o intereses, estrechamente unidos entre sí: en primer lugar, las funciones que las elites políticas e intelectuales confirieron a la educación y específicamente a la enseñanza de la historia, y en segundo término, su contenido o su carácter. Así, estudia la génesis de la visión de la patria y los nexos que tanto esta presentación del pasado como las políticas educativas tuvieron con los programas o las ideas de los gobernantes.

Se trata de un tema inédito en la historiografía mexicana de su época. Tanto la cuestión del nacionalismo como la de la educación habían sido poco estudiadas. Empezaremos por el nacionalismo. El problema estaba muy presente en las historiografías europea y norteamericana, sobre todo a raíz de las guerras mundiales;<sup>16</sup> sin embargo, se había descuidado su estudio en las naciones latinoamericanas, entre ellas México. Al respecto, afirma Josefina Zoraida Vázquez:

Expresión tan típica de nuestro tiempo como es el nacionalismo, ha merecido numerosos estudios en muchos países pero no en el nuestro, de manera que casi todos los trabajos existentes sobre nacionalismo latinoamericano y mexicano los han realizado historiadores y sociólogos norteamericanos. El hecho es sorprendente, sin duda, dado que el nacionalismo ha acompañado constantemente a la historia del México independiente, en gran medida debido a su desgraciada experiencia internacional del siglo XIX [p. 1].

Así, el nacionalismo en México había sido dejado de lado y sólo sería abordado poco después por autores como David Brading.<sup>17</sup>

<sup>16</sup> Ello le brinda a la autora referentes teóricos y metodológicos. Así, a lo largo de la obra, dialoga con textos sobre nacionalismo europeo o norteamericano, como el de Karl Deutsch (Nueva York, 1953), Leonard Dobbs (New Haven, 1964), Hans Kohn (Princeton, 1955), E. Reisner (Nueva York, 1922), Jonathan Scott (Londres, 1916), Boyd Shafer (Nueva York, 1955) y Louis Snyder (New Brunswick, 1954). Por cuestiones de espacio incluimos únicamente lugar y fecha de edición, para las referencias completas véase la bibliografía que presenta Josefina Zoraida Vázquez, en *Nacionalismo y educación en México*.

<sup>17</sup> La obra de David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, trad. de Soledad Loeza Grave, fue publicada en México en 1973 por la Secretaría de Educación Pública, Dirección Ge-

La historiografía sobre la educación también presentaba, a mediados del siglo y en opinión de la propia Josefina Zoraida Vázquez, serias lagunas. Sostiene la autora que tan sólo existían obras dedicadas a la docencia y algunas monografías centradas en la etapa colonial. Dentro del panorama rescata el trabajo de Leopoldo Zea, *Del liberalismo a la revolución en la educación mexicana*, publicado en 1956 y que relacionaba a la educación con un amplio contexto ideológico; y los capítulos dedicados a la educación dentro de la *Historia moderna de México*, coordinada por Daniel Cosío Villegas, y que entrelazaban la enseñanza con el contexto social.<sup>18</sup> Así, en el rubro de la historia de la educación faltaba también mucho por hacer.

Por lo anterior, podemos afirmar que se extrañaban estudios globales sobre el nacionalismo y la educación en México durante los siglos XIX y XX, y, sobre todo, quedaba pendiente la tarea de entrelazar ambos temas, es decir, estudiar el esfuerzo por sembrar o generar sentimientos nacionalistas a través de la educación, como ya se había hecho para Europa y Estados Unidos.<sup>19</sup> Josefina Zoraida Vázquez emprendió esta tarea.

En síntesis, en *Nacionalismo y educación en México* confluyeron inquietudes y problemas presentes en las historiografías europea y norteamericana, pero que, a pesar de su relevancia, de su vigencia y de su importancia en el desarrollo de la historia mexicana, no habían sido tratados o aplicados a su estudio. Por ello, su autora se refiere a la obra como “el primer intento por acercarse al problema del nacionalismo mexicano desde el ángulo de la educación” (p. 1).

¿En qué forma Josefina Zoraida Vázquez llevó a cabo este intento? Trataremos en primer lugar la utilización de fuentes, para pasar después a la delimitación del tema y a la estructura de la obra. Al hablar de su forma de trabajar, relata Josefina Vázquez: “Una vez que elijo el tema, me acerco a los materiales. Busco leer a alguno de los grandes historiadores que han tratado la época, pero me concentro principalmente en los archivos; después vuelvo a los libros, pero hago ya una lectura diferente, a la luz de lo visto en los documentos”.<sup>20</sup> Así lo hizo en *Nacionalis-*

neral de Educación Audiovisual y Divulgación, 1973, 223 p., dentro de la colección Sep-Setentas (82).

<sup>18</sup> Josefina Zoraida Vázquez, “Historia de la educación”, *Historia Mexicana*, v. XV, n. 2-3, octubre 1965-marzo 1966, p. 291-309, e “Introducción”, en *La educación en la historia de México*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1992, XIX-311 p. (Lecturas de Historia Mexicana, 7).

<sup>19</sup> Al respecto pueden verse obras como la de Howard Marraro, para Italia, y que data de 1927; la de Jules Jean Prudhomeaux, para Francia, publicada en 1928, y las de Ruth Miller (1952) y Gladiz Wiggin (1962) para Estados Unidos. Para las referencias completas, véase la bibliografía que presenta Josefina Zoraida Vázquez, en *Nacionalismo y educación en México*, p. 299-312.

<sup>20</sup> “Entrevista...”, p. 59.

*mo y educación en México.* Consultó bibliografía sobre la política, la economía y la sociedad mexicanas en los siglos XIX y XX. Pero además, revisó estudios sobre procesos políticos y específicamente sobre el nacionalismo y sobre las funciones y el contenido de la enseñanza en Europa y Estados Unidos; por tanto, en concordancia con sus ideas sobre la historia y con el fin de enriquecer su acercamiento a la experiencia mexicana, exploró cómo en otros países se había utilizado la historia con el afán de generar la nación. Esta última la conoció gracias a la consulta de una amplia variedad de fuentes primarias o escritos de la época. Para acceder a las políticas estatales recurrió a la legislación —códigos, decretos, leyes, circulares, reglamentos y programas educativos—, información que reforzó con el estudio de discursos oficiales o textos redactados por funcionarios públicos. Para acercarse al contenido de la enseñanza analizó libros de texto (básicamente de historia patria) y manuales de enseñanza. Pero también se acercó a otros textos de la época, publicados por intelectuales e incluso literatos. Todo ello le brindó un amplio conocimiento del tema y del contexto, lo cual, sin duda, se refleja en su obra y beneficia a sus lectores.

En cuanto a la delimitación cronológica, el punto de partida se explica fácilmente. Una vez obtenida la independencia y tras el fracasado experimento monárquico las elites políticas adoptaron un sistema republicano y se enfrentaron a una doble tarea: mantener o generar la cohesión entre los habitantes del territorio mexicano y conformar el núcleo de ciudadanos que participarían del juego político o tomarían las riendas de la nación. Para ello necesitaban educarlos y transmitirles valores patrios. Dada la importancia de la tarea, se hicieron cargo de la educación. Por ello, el estudio inicia cuando se origina la República Mexicana. En cuanto al punto final, la autora considera que el proceso se consolidó con la fundación de la Comisión del Libro de Texto Gratuito, vehículo para imponer un texto único elemental para que todos los niños tuvieran una sola versión de la historia mexicana. Con ello llevó su investigación prácticamente hasta el momento en que la escribió, pues la cerró tan sólo diez años antes de su publicación.

Tan amplia etapa merece una subdivisión, que da pie a la estructura de la obra. El capitulado responde a cinco cortes cronológicos: 1821 a 1857 —etapa de los propósitos, pues las ideas en torno a la educación no pudieron aplicarse debido a la inestabilidad política y las guerras continuas—, 1857 a 1889 —periodo en que los liberales se esforzaron por controlar y secularizar la enseñanza básica y moldear a los ciudadanos capaces de conducir al país por la senda del progreso—, 1889 a 1917 —se insistió en la unificación de la enseñanza a nivel nacional y en la importancia de la historia como medio para generar sentimientos nacionalistas—,

1917 a 1940 —monopolio educativo en manos del Estado e intento por sentar las bases de una verdad única acerca de México— y 1940 a 1960 —culminación de la tendencia anterior, con la creación en 1959 del texto gratuito y obligatorio— (p. 2-4).

Dentro de esta estructura hay tres cortes que no permiten cuestionamiento: 1821, 1857 y 1917, pues se trata de momentos clave dentro del tema abordado por la autora. Tras la independencia era necesario educar y moldear a los ciudadanos de la naciente república, además de difundir o generar una identidad común y sentimientos nacionalistas; tras la primera victoria liberal y en el periodo siguiente era necesario desplazar a la Iglesia, formar adeptos de los regímenes liberales y justificar el nuevo proyecto de nación; por último, después de la Revolución era urgente legitimar al nuevo régimen e integrar a los nuevos actores políticos y sociales tanto en el presente como en el pasado de México, es decir, era necesario incluirlos dentro de los planes educativos y darles un honroso lugar en el pasado nacional.

Los otros dos cortes no son tan obvios y, sobre todo el tercero, 1889, podría merecer algunas reflexiones. Resulta interesante que la autora extiende el periodo en que los liberales se esforzaron por controlar y modificar la enseñanza hasta muy entrado el gobierno de Porfirio Díaz y que, al introducir un corte, divide el Porfiriato en dos etapas. Lo menos que hay que decir es que ello resulta positivo, pues la autora no se basó en los cortes tradicionales, que se fundamentan en la historia política, sino que atendió a una lógica derivada de su propio tema, pues la división se sustenta en la celebración del Primer Congreso de Instrucción Pública, importante paso en el proceso de la unificación de la enseñanza. Se trata también de un avance dentro del paulatino control que adquiría el Estado federal sobre la educación, lo cual nos habla de la fuerza que había adquirido el gobierno porfirista y que, naturalmente, no tuvo durante su primer periodo ni durante el gobierno de González y quizá tampoco durante la primera etapa en que Porfirio Díaz recuperó el poder tras haberlo prestado a su compadre. Con ello, el trabajo de Josefina Vázquez coincidiría con una tendencia que ha cobrado fuerza en la historiografía política de la época, pues autores como Francisco Xavier Guerra dividen el Porfiriato en tres etapas: la construcción, la consolidación y el ocaso.

Ahora bien, siguiendo con la estructura de la obra, en cada capítulo o periodo Josefina Vázquez sigue una misma secuencia. Empieza por analizar las leyes y las políticas en el ramo de la educación, que entrelaza con la presentación del contexto histórico y político de la época —lo que permite entender las posibilidades y también las acciones de los gobernantes, así como la visión de México que deseaban transmitir a la infancia—, incluso menciona a la economía —lo cual incide en el presupuesto

público y, por tanto, en la posibilidad del proyecto educativo—. Posteriormente la autora se introduce en el contenido de la enseñanza, preocupándose por los símbolos patrios o los héroes, y mostrando su relación con el proyecto y las ideas de la elite en el poder. Así, con gran claridad en la exposición y en el lenguaje, en cada corte cumple con los objetivos de su trabajo: rastrear la política educativa y la visión de la patria, y vincularlos con las aspiraciones o las necesidades de los gobernantes.

Pasaremos ahora a las hipótesis o los problemas centrales de la obra. A la idea central nos hemos referido ya a lo largo del texto: las políticas educativas y el contenido de la enseñanza responden a las intenciones y las necesidades de los gobernantes en turno. A partir de la obtención de la independencia y sobre todo después de la victoria liberal, el Estado fue tomando control de la educación hasta llegar al monopolio. Así, en el campo de la educación se hace patente un fenómeno que puede observarse en otras áreas de la sociedad: aumento de la presencia del Estado e injerencia en aspectos que podrían considerarse propios de la vida privada. En el caso de la educación, los gobernantes intervienen pues consideran que el control de la educación y de su contenido les puede aportar grandes ventajas. De hecho, al igual que las elites políticas de prácticamente todas las naciones de la época en el mundo occidental, las mexicanas vieron en la enseñanza el vehículo ideal para crear y fomentar valores y lealtades patrios o, en palabras de la autora, para transmitir a las nuevas generaciones “la red articulada de símbolos que constituyen la verdad básica de los ciudadanos acerca de su propio país” (p. 1).

Así, quedaba claro que la enseñanza permitiría fomentar el nacionalismo, que Josefina Zoraida Vázquez entiende como el sentimiento que une a un grupo de individuos o como una comunidad emocional existente entre ellos, originada ya sea en la vida rutinaria o en una experiencia o un pasado común (real o imaginario), y que crea aspiraciones comunes para el futuro y propicia la lealtad del individuo a la nación-Estado (p. 7). Ahora bien, considera la autora que para que el nacionalismo fructifique debe existir una serie de condiciones,<sup>21</sup> pero además una intención de difundirlo, mediante propaganda y educación. Concluye que el nacionalismo no es innato sino que es un producto artificial, y postula:

los historiadores y los maestros son [...] vehículos de la expansión de ese sentimiento para provocar una lealtad al todo o patriotismo. Los historiadores “descubren” las causas históricas de la unidad, crean los mitos

<sup>21</sup> Sintetizando la propuesta de autores dedicados al problema, la autora enlista los siguientes factores: territorio más o menos definido, gobierno común, contacto entre los individuos, elementos lingüísticos o culturales compartidos, intereses comunes, conflicto con naciones o intereses ajenos y deseo de unidad.

que la fortalecen y los héroes que la simbolizan; es decir, proporcionan la versión adecuada del pasado que alienta el sentimiento y la voluntad de participar en un destino común. Los maestros llevan a cabo la función de transmisores [p. 9].

En síntesis, al igual que otras naciones, el naciente Estado mexicano, aun cuando todavía no estaba consolidado, se esforzó por generar un sentimiento nacionalista ya que los gobernantes estaban conscientes de las enormes diferencias que separaban a los mexicanos y de los peligros que para la cohesión implicaban las guerras civiles y los conflictos con el extranjero, y buscó fomentarlo por medio de la educación, esencialmente por medio de la enseñanza de la historia patria. Por ello no resulta casual que el primer texto sobre historia de México apareciera justamente después de la guerra con los Estados Unidos.

Éste fue quizá el mayor de los encargos que dieron a la educación, pero no fue el único. Otra constante a lo largo de la etapa analizada es la intención de utilizar la enseñanza como medio para despertar la lealtad y la solidaridad de los mexicanos hacia el sistema político vigente (p. 12). Este deseo es muy claro en los gobernantes "liberales", que se esforzaron por erradicar la enseñanza religiosa como medio para arrebatar adeptos y militantes al clero, o bien en los posrevolucionarios, que llevaron la educación a los obreros y los campesinos e incorporaron a sus líderes y a sus héroes, pues los trabajadores del campo y la ciudad eran el pilar de la legitimidad y la fuerza de los regímenes nacidos de la Revolución.

Resulta interesante que, si bien la lectura de *Nacionalismo y educación en México* nos permite identificar constantes, también presenta matices o diferencias en cada una de las etapas. En cuanto a las funciones conferidas a la educación, como hemos señalado, permanece la intención de crear sentimientos de lealtad hacia la patria y hacia el gobierno. Pero también se presentan cambios al paso del tiempo. Los gobernantes de la naciente república deseaban educar al pueblo para formar a los ciudadanos y para que estuviera a la par de los habitantes de naciones como Inglaterra y Francia (p. 25). Más tarde, los gobernantes del liberalismo triunfante anhelaron formar individuos capaces de tomar las riendas de la nación y para gobernarla según las exigencias de los tiempos (Barreda) o incluso capacitar a los trabajadores, pero sobre todo, tras la experiencia de la atomización política, a partir de 1882 prevalece el anhelo por unificar a los mexicanos por medio de la educación. Charles Hale señala la semejanza entre este esfuerzo y el del México posterior a 1940.<sup>22</sup> Ello demues-

<sup>22</sup> Charles Hale, "Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación en México*", *American Historical Review*, LXXVI, 4, octubre 1971, p. 1241.

tra que el México porfirista y el posrevolucionario no sólo presentan rupturas sino también continuidades; en este caso, la continuidad surge por las mismas necesidades, a saber, unificar a la nación tras un periodo de ruptura y guerra civil. Por último, tras el triunfo de la Revolución, los gobernantes vieron en la educación el medio para resolver problemas sociales: “educación indígena para asimilar a la población marginal; educación rural para mejorar el nivel de vida del campo mexicano; educación técnica para elevar el de las ciudades” (p. 157).

En seguida trataremos la segunda de las líneas presentes en la obra: el contenido de la enseñanza y su relación con los proyectos o planes de los gobernantes en turno. Postula Josefina Zoraida Vázquez que los manuales y libros de texto de las décadas que siguieron a la obtención de la independencia enfrentaron un dilema: ¿el origen de la nación debía remontarse al pasado prehispánico o la independencia marcaba su nacimiento? Ello desembocó en un debate, que cobró fuerza entre 1859 y 1889; se trata de la polémica hispanismo-indigenismo. En palabras de la autora se perfilaron entonces dos nacionalismos: el conservador (con su nostalgia hispánica, su pesimismo y su antiyanquismo obsesivo) y el liberal (antiespañol, antiyanqui, temporalmente antifrancés y con una medida de nostalgia indigenista, pesimista y defensiva) (p. 68). El primer triunfo liberal permitió la apertura a la glorificación del pasado indígena y la negación de la conquista, pues se dejaban de lado a Cortés y glorificaban a Cuicuilhuac y Cuauhtémoc, junto a Hidalgo, Morelos y Juárez (p. 69). Más tarde, simbolizada por Justo Sierra, en 1894 se presentó una visión integradora, que se conservó hasta más o menos 1925, y que centraba el nacimiento del país en la figura de Hidalgo, además de predicar al país mestizo. Sin embargo, la polémica se acentuó a partir de la Revolución, que “ponía al descubierto la desproporcionada desigualdad social, económica, política y cultural, misma que Gamio quería enfrentar. [...] México estaba dividido en dos razas, en dos tradiciones, con lenguas diversas a menudo, diferencias económico-culturales y un sistema político en el que no estaba representado el grupo indígena” (p. 148). Privó entonces un indigenismo, que a veces se redujo a un antihispanismo, y se construyó así el nacionalismo oficial: revolucionario, xenófobo, indigenista, optimista y populista (p. 190). En la imagen del pasado se incorporaron nuevos héroes: por ejemplo, con Cárdenas cobraron realce los problemas del indio y la tierra y “la preocupación por el área rural la simbolizaba la elevación de Emiliano Zapata al pedestal de los héroes” (p. 178). Finalmente, a partir de 1940 y opina Josefina Zoraida Vázquez que mucho debido a la publicación del libro de Samuel Ramos, se pensó que había que superar los excesos y los complejos, y para ello aceptar las dos raíces en nuestra historia. Con ello pudo empezar a resolverse la polémica

mica hispanismo-indigenismo. Sin embargo, nuevas disyuntivas o elecciones se presentaron a partir de entonces a los autores de la historia patria: por ejemplo, rememorar o relegar la reforma anticlerical y los personajes que la encabezaron, postura que puede cambiar según la relación que en ese momento tiene el gobierno con la Iglesia, o resaltar o aminorar el problema del campo y los líderes campesinos, posición que está vinculada a la política social del régimen en turno.

Para concluir con el análisis de la obra, podemos afirmar que se trata de un trabajo que propone ideas interesantes, que para su época fueron novedosas y que no han perdido vigencia. Asimismo, los objetivos no se pierden de vista a lo largo del trabajo y los ejes o los problemas de investigación se presentan y se resuelven en cada uno de los capítulos. El resultado es una obra de alto nivel académico, en que se sustenta de forma clara cómo la educación y la enseñanza de la historia, e incluso la reconstrucción del pasado, responden a las ideas, proyectos e intereses de los gobernantes. Es decir, cómo la imagen de nación que se transmite en la educación ha variado a lo largo del tiempo en respuesta a las necesidades de los gobernantes pero sobre todo a su programa político. Asimismo, el lector conoce el proceso mediante el cual el Estado mexicano, sobre todo a partir del triunfo liberal y del fortalecimiento del poder político, toma en sus riendas la educación para garantizar que cumple con sus funciones como promotora del nacionalismo y como educadora cívica, además de formar simpatizantes de sus proyectos y de su visión de la nación.

### *La obra y sus repercusiones*

Es innegable la contribución que representa *Nacionalismo y educación en México*. Además de analizar el nacionalismo y el papel de la educación en la creación de la identidad y en general en la construcción del Estado-nación, mucho antes que otros historiadores Josefina Vázquez relativizó a la historia oficial y a sus héroes. Así, abordó un tema esencial y que en su época fue sumamente novedoso y al hacerlo abrió nuevas inquietudes de investigación; lo hizo a partir del análisis de un amplio abanico de fuentes y con una metodología impecable, sirviendo como ejemplo a futuros trabajos sobre historia de las instituciones, de la cultura y de la educación, y de forma clara y bien sustentada propuso ideas sugerentes e interesantes que resultan muy actuales. Todo ello se refleja y explica la amplia recepción y las repercusiones que tuvo su trabajo en el mundo académico y en general en la historiografía mexicana.

*Nacionalismo y educación en México* ha conocido varias ediciones. Cinco años después de su publicación El Colegio de México ofreció una nueva

edición, hecho que se repetiría en 1979 y en 2000. Estos datos bastarían para mostrar no sólo la recepción y el peso que tuvo la obra al momento de publicarse, sino también la vigencia del tema y de las ideas propuestas por la autora.

Para apoyar esta conclusión contamos con otros indicadores. En cuanto a la recepción, a los pocos meses de su publicación *Nacionalismo y educación en México* fue objeto de reseñas en revistas nacionales y también en publicaciones norteamericanas, lo que denota el vínculo de la autora con el medio académico de los Estados Unidos. Como ejemplo puede verse la publicada en 1973 por Jorge Béquer en la revista *Historia Mexicana*; en 1970 por James D. Cockcroft en *The Hispanic American Historical Review*, o en 1971 las de Charles Hale en *American Historical Review* y la de Alistair Hennessy en *Journal of Latin American Studies*.<sup>23</sup>

En cuanto a la influencia de la obra, *Nacionalismo y educación* se ha convertido en un referente obligado en los trabajos sobre historia de la educación en México. Ello no sólo puede observarse en obras escritas por autores mexicanos, sino también en las realizadas en el extranjero y con difusión internacional, basta como ejemplo la de Marc Ferro, *Como se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*, publicado en Francia en 1981 y en México en 1990.<sup>24</sup>

Por otra parte, la obra de Josefina Zoraida Vázquez inició y seguramente propició una oleada de trabajos sobre la historia de la educación. Luz Elena Galván y Susana Quintanilla la califican como un parteaguas en la evolución de la disciplina pues, en su opinión, fue pionera en el esfuerzo por vincular la educación con los procesos políticos, económicos y sociales.<sup>25</sup> En el mismo sentido, Mary Kay Vaughan la califica como el trabajo que inició dos décadas de investigación sobre la educación pri-

<sup>23</sup> Jorge T. Béquer, "Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación en México*", *Historia Mexicana*, v. XXII, 87, julio 1972-junio 1973, p. 425-428; James D. Cockcroft, "Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación en México*", *The Hispanic American Historical Review*, 1971, v. LI, n. 1, febrero 1971, p. 155-157; Charles Hale, "Josefina Vázquez de Knauth..."; y Alistair Hennessy, "Artists, intellectuals, and revolution. Recent books on Mexico", *Journal of Latin American Studies*, v. 3, parte 1, mayo 1971, p. 77-88.

<sup>24</sup> El autor cita a Josefina Zoraida Vázquez al referirse a la negación o la revaloración del pasado prehispánico en el capítulo "Nota y lectura sobre la historia 'prohibida': mexicano-estadounidenses y aborígenes de Australia", p. 451-452. Marc Ferro, *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*, trad. de Sergio Fernández Bravo, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, 505 p. (Popular, 441).

<sup>25</sup> Luz Elena Galván y Susana Quintanilla, *Historiografía de la educación. La investigación educativa en los ochenta, perspectiva para los noventa. Segundo Congreso Nacional de Investigación Educativa*, México, Comité Organizador del Segundo Congreso Nacional de Investigación Educativa/Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, c. 1993, 73 p. (Estados de Conocimiento-Cuaderno 28), p. 9.

maria en el periodo nacional.<sup>26</sup> Así, si al iniciar la década de los setenta la historiografía sobre el tema era reducida, en las siguientes salió a la luz un elevado número de ensayos dedicados a este campo,<sup>27</sup> algunos de los cuales reflejan las mismas preocupaciones que guiaron a Josefina Zoraida Vázquez. En este punto cabe señalar la importancia que ha tenido el Seminario de Historia de la Educación en El Colegio de México, cuya fundación se derivó justamente de la publicación de *Nacionalismo y educación en México*, y en cuyo seno se elaboraron importantes tesis doctorales, libros, artículos, antologías y obras colectivas como la *Historia de la educación en México*, *Ensayos de historia de la educación en México* o *Historia de la educación y alfabetización de adultos*.<sup>28</sup> Pero también la relevancia de investigaciones realizadas por investigadores de instituciones como el Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Centro de Estudios sobre la Universidad, el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, la Universidad Iberoamericana o el Instituto Politécnico Nacional.

Hasta aquí la presencia de la obra en el ámbito de los estudiosos de la historia, específicamente los interesados en la educación. ¿Ha tenido repercusión más allá del núcleo de especialistas? En mi opinión, la obra presenta una contribución incuestionable: ha puesto en claro que la imagen del pasado de una nación que se transmite a los niños no es eterna ni inocente, pues se transforma constantemente y no siempre a raíz de nuevas interpretaciones o nuevos hallazgos de los historiadores, sino más bien a partir de los proyectos o el ideario de los gobernantes en turno. Ello es aceptado tanto por los historiadores como por otros sectores de la sociedad, y por tanto los cambios en la interpretación del pasado despiertan amplios debates. Basta remitirnos a la reacción que provocaron los libros de texto publicados durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari. De hecho, esta convicción genera una sospecha que muchas veces se adelanta a los acontecimientos. En la actualidad no son pocos los

<sup>26</sup> Mary Kay Vaughan, "Primary education and literacy in Mexico in the nineteenth century: research trends 1968-1988", en *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*, México, Comité Mexicano de Ciencias Históricas, 1990, XVI-843 p.

<sup>27</sup> Para un listado o comentario de obras sobre historia de la educación, véase Luz Elena Galván y Susana Quintanilla, *op. cit.*, o Guillermo de la Peña y Luz Elena Galván de Terrazas, *Bibliografía comentada sobre la historia de la educación en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro de Investigaciones Superiores, 1978, 132 p. (Cuadernos de la Casa Chata, 12).

<sup>28</sup> Para obtener información sobre el Seminario de Historia de la Educación, véase Pilar Gonzalbo, "Introducción", en Pilar Gonzalbo Aizpuru (coord.), *Historia y nación: actas del Congreso en Homenaje a Josefina Zoraida Vázquez*, 2 v., México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1998, v. I, *Historia de la educación y enseñanza de la historia*, México, El Colegio de México, 1998, p. 13-24, p. 15-16.

individuos que consideran que el triunfo del Partido Acción Nacional en el año 2000 traerá consigo un cambio en la explicación del pasado —con una marginación de figuras como Juárez y con una revalorización de los representantes del llamado partido conservador— aun cuando hasta ahora no se han introducido mutaciones en la interpretación o en la enseñanza de la historia.

